

## JOSÉ MANUEL ESTRADA

1894 — 1924

«El entendimiento sometido a la verdad; la voluntad sometida a la moral; las pasiones sometidas al entendimiento y a la voluntad, y todo ilustrado, dirigido y elevado por la religión; he aquí el hombre completo, el hombre por excelencia. En él la razón da luz, la imaginación vivifica, la religión diviniza».—Balmes.

Entre los luminosos conceptos que nos han servido de epígrafe y los actos todos de la vida de José Manuel Estrada encontramos una correlación tan perfecta, que no dudamos afirmar que a ninguno de nuestros próceres de la etapa heroica y a ninguno de nuestros prohombres de los tiempos posteriores podemos aplicarlos con más verdad y con mayor exactitud.

El pueblo argentino no sólo reconoce que fué Estrada uno de los más grandes espíritus que ha engendrado y nutrido la sociedad argentina, sino que proclama sin ambages y sin temor de incurrir en hiperbólicos ditirambos que fué en vida y sigue siendo, aun después de su deceso, el más grande maestro, el más insigne educador y el leader más calificado que han tenido los pueblos del Río de la Plata.

Estrada fué maestro sin rival en las cátedras que con tanto ingenio desempeñó y en las múltiples elucubraciones que con tanta intuición compuso, pero sobre todo y en manera singularmente trascendental, fué maestro, educador y leader en los actos todos de su vida como hombre, como ciudadano y como cristiano. Nadie, como él, ha legado al pueblo argentino lecciones tan magistrales en el difícil arte de vivir con probidad intachable y en la áspera ciencia del dominio propio y del propio vencimiento.

Con mucha razón pudo afirmar el Dr. Indalecio Gómez que «no es el talento de Estrada, al menos el de sus libros y discursos, lo admirable; es su carácter puro, firme; es su virtud». El mismo Estrada había expresado la misma idea cuando afirmó que «lo que vive del hombre no son las obras de su talento; sino las de su carácter». Felices sin embargo aquellos privilegiados mortales que descienden al

sepulcro dejando a la posteridad un rico tesoro científico y el recuerdo de una vida inmaculada. Herencia doblemente valiosa!

Breves y azarosos fueron los años de vida que plugo a Dios conceder a José Manuel Estrada, pero fueron años llenos, intensos en la acción y prolíficos en opimos frutos, fueron años consagrados a la más noble de las empresas, a la más augusta de las causas, a la más meritoria de las enseñanzas, la del buen ejemplo.

«Ejerció durante veinte años el noble apostolado del maestro, escribe nuestro gran historiador y preclaro ciudadano José Juan Biedna, y cuando sus ideas políticas o sus sentimientos religiosos le indicaron resistir a lo que creía no deber deferir, porque así se lo imponía la conciencia de sus obligaciones para con Dios y la Patria, resistió con ánimo fuerte y prefirió caer sin doblar la cerviz, sin hesitar un momento. Así formaba caracteres con la enseñanza práctica, con el ejemplo propio, que no hay lección que la aventaje; así formaba los ciudadanos del porvenir, los que mañana habían de regir los destinos de la patria que tanto amaba».

En ninguna vida argentina, como en la de José Manuel Estrada, aparece tanto y con relieve tan elocuente aquella espartana simplicidad en el vivir, aquella purísima moral en los actos humanos y aquel alto pensar en las cosas humanas y divinas. Esas dotes que, cuando van unidas forman los grandes caracteres, constituyen la heroica resultante de la armonía y del equilibrio que sólo se establecen en las grandes almas cuando el libre albedrío domina sobre la corrompida naturaleza, cuando el hábito del vencimiento propio ha llegado no al enervamiento de las pasiones sino a la doma y disciplina de las mismas.

«Todos los hombres dependemos unos de otros, ha escrito Estrada, unos por ordenación jerárquica, otros recíprocamente por comunión solidaria de determinados intereses. Solo es posible llegar a la completa independencia, no obstante esas leyes normales de la vida, en virtud de dos condiciones: o por una robustez extraordinaria de carácter, o por la ruptura de todos los círculos sociales. Es decir, por uno de estos dos extremos: o por la suprema moralidad o por la íntima desmoralización. La plena libertad pertenece a los que ocupan los puntos extremos de la escala moral; los que tocan en las nubes o los que se revuelven en el fango: los cedros o los hongos».

Estas frases de Estrada nos recuerdan aquellas otras del Profeta Ezequiel que suele la Iglesia aplicar a los santos que en su seno se han santificado y honrado la casa de Dios con la irradiación de heroicas virtudes: »Esto dice el Señor Dios: yo tomaré del meollo del



alto cedro y lo plantaré; de lo alto de sus ramos desgajaré un renuevo, y lo plantaré sobre un monte alto y descollado. En el alto monte de Israel lo plantaré, y habitarán debajo de él todas las aves, y los volátiles de toda especie anidarán a la sombra de sus hojas».

Bien podemos aplicar estos hermosos conceptos al gran ciudadano que tan alto ejemplo de civismo y de abnegación ofreció en todas ocasiones al pueblo argentino y cuyo sólo recuerdo es el tónico espiritual más purificante y vivificador. ¡Cuántas generaciones se han esforzado en plasmar su espíritu según aquel arquetipo de ciudadanos libres, probos, intachables y laboriosos! ¡Cuántos jóvenes se han estimulado a la ruda labor y al incruento sacrificio de la propia abnegación recordando la vida abnegada y austera, la virtud constante y enérgica de José Manuel Estrada!

Felices los pueblos que pueden ofrecer al estudio y a la admiración de sus hijos, hombres tan dignos de toda imitación, como José Manuel Estrada. El sentido de la virtud como el del arte crece y se nutre con la contemplación y reproducción de las formas perfectas. No en vano cuentan los antiguos historiadores de la Hélade que las esposas lacedemonias, al sentirse próximas al alumbramiento, mandaban colocar delante de sus ojos las más acabadas figuras que animó el arte de los Zeuxis, los Apolos, Bacos y Helenas, para que apacientándose sus ojos en la contemplación de tanta hermosura, brotase de su seno, henchido de nuevas y divinas formas, un fruto tan noble y tan perfecto como los antiguos ejemplares y dechados.

Ningún ejemplar, ningún dechado más perfecto que la personalidad de José Manuel Estrada. Los que somos jóvenes y somos argentinos estudiémosla con amor y esforcémonos sin cesar en asimilarnos el espíritu de aquel gran compatriota, lo acendrado de su fe, la firmeza de sus convicciones, la integridad de su carácter, la pureza de su vida.

---

Nació este insigne varón en Buenos Aires el día 13 de julio de 1842, en aquella nefasta época de nuestra historia cuando hasta «el lejano murmullo de las olas, el ladrido del perro vigilante, la vibración de la atmósfera parecían un quejido hondo, desolado de amargura y de vergüenza de un pueblo que se retuerce en la profunda abyección». Fueron sus padres José Manuel Estrada y Rosario Perichón y Liniers. Con paternal solicitud proporcionaron a su hijo una esmerada educación primaria en el mismo hogar bajo la dirección del «querido y viejo maestro» Don Manuel Pinto. Los estudios secundarios (1854-1858) cursólos Estrada en el Convento de San Fran-

cisco y según las normas y enseñanzas del venerable Fray Buena-ventura Hidalgo. Al lado de este maestro y ayudado por otros religiosos del mismo Convento estudió Estrada toda la filosofía, las principales partes de la teología y todo el curso de Sagrada Escritura.

Sólo contaba diez y seis años de edad cuando obtuvo su primer triunfo literario llevándose el primer premio en el concurso de historia celebrado en 1858 por el Liceo Literario. Aquel primer escrito de Estrada era, en cuanto a lo substancial, una nueva reproducción de las ideas de Wáshington Irving sobre el descubrimiento de América, pero no carecía de cierta originalidad en la exposición y de cierta brillantez en la jornada que ya entonces pusieron de manifiesto el singular talento del joven escritor. El Dr. Garro no titubea en nivelar la precocidad intelectual de Estrada con la de Pascal «pues no tiene parecido, que sepamos, entre los hombres de nuestro país de alguna notoriedad».

Si su triunfo en el Liceo Literario no bastara para afianzar esta aseveración, bastaría ciertamente el recordar que en su primera juventud fué Estrada director y redactor de diarios y revistas como La Guirnalda, Las Novedades y La Paz, fundador de sociedades de cultura literaria, sin que estas ocupaciones le impidieran terciar con brillante bazarra en justas científicas de alto renombre, que dejaron perfilada, en manera definitiva, cuando no contaba aún 20 años, su personalidad de escritor y polemista, imponiéndose su nombre—como una bandera de combate—a la consideración del talento. A este respecto, afirma Vedia, que el biógrafo de Estrada no ha de empezar diciendo que desde sus primeros años *estudió*, sino que desde sus primeros años *enseñó*; no que fué *alumno* o *discípulo*, sino que fué *maestro*; no que fué un *joven*, sino un *ciudadano*.

Una labor continuada, metódica e intensa, estimulada por una conciencia tranquila, un designio premeditado y una voluntad firme fué lo que hizo del joven Estrada un hombre de profundo sentir y de alto pensar cuando sólo frisaba en los veinte años de edad, cuando comenzaba la gloriosa carrera de su vida. Reconozcamos que ya entonces sus esfuerzos todos obedecían a la acción combinada de una idea y de un sentimiento, de una idea clara, viva, fija y poderosa que absorbía su entendimiento, ocupándolo todo, llenándolo todo, y de un sentimiento fuerte, enérgico, dueño exclusivo de su corazón pero adueñado completamente por aquella idea y a ella enteramente subordinado. Cuál fuera esa idea y cual ese sentimiento lo pregonan a la par así sus escritos como los actos todos de su vida.



En 1858 había escrito su estudio sobre el descubrimiento de América, de que hemos hecho mención, y un año después, cuando sólo contaba diez y siete años, publicó el entusiasta folleto que intituló «Signum Foederis», «especie de poema en prosa sobre el porvenir de la Patria bajo los auspicios del catolicismo y de la democracia». Ardían los ánimos a uno y otro lado del Arroyo del Medio cuando levantó Estrada esta bandera de paz y de concordia, y en lenguaje, dictado al parecer por las antiguas sibilas o por los místicos en delirio, según expresión de Goyena, proclamó la solidaridad argentina contra las mezquinas teorías del provincialismo, la unidad de esfuerzos y la comunidad de sentimientos entre todos los hijos de la gran familia argentina y el triunfo de la democracia cristiana sobre la soberbia de los hombres y el orgullo de los partidos.

En los tres años siguientes su labor fué netamente periodística hasta que a fines del año de 1861, el Dr. Gustavo Minelli, profesor de historia universal en la Universidad de Buenos Aires, emitió conceptos y negó verdades que hirieron profundamente al joven Estrada, porque habían herido profundamente el sentimiento católico. «El Génesis de nuestra raza» es el primero de los escritos de hábil controversia, de serena filosofía y de brillantísima forma que publicó el señor Estrada y en sus páginas destácase ya de cuerpo entero al futuro historiador y al futuro apologista católico. Desde la publicación de esta obra fué Estrada el representante de la opinión y el heraldo de la doctrina ortodoxa.

Apenas había humillado al señor Minelli y triturado sus gratuitos asertos, cuando apareció el libro del escritor chileno señor Francisco Bilbao, intitulado «América en peligro» y en cuyas páginas se atribuía a la influencia de la Iglesia el atraso general y los males todos de la América del Sur. La respuesta de Estrada y la brillante refutación que hizo de tales afirmaciones, opuestas a todo lo que la filosofía y la historia proclaman, no se hizo esperar y el pueblo argentino, y aun el americano, leyó con estupor las elocuentísimas páginas de «El cristianismo y la democracia» y convino en afirmar con el autor de esta obra inmortal que «la indiferencia, la falta de dogma y de educación en las masas» eran las causas del atraso de la América latina. Cuán hermosa e inspiradamente exclamaba ya entonces: «Fe y libertad, esa es la misión de América en la historia» y arrebatado por el entusiasmo proclama el gran principio cristiano de «Libertad, igualdad y fraternidad» como la piedra angular de toda organización social, como el alma y el espíritu de todo progreso y bien-

estar estable. «Joven y americano, yo deseo para mi patria, para mi patria que adoro, ese ideal grandioso que escapa a merced de nuestros errores; yo invoco las bendiciones del cielo sobre la tierra bella y virginal, cuyas auras aspiré desde la cuna y con ellas la fogosidad de nuestra naturaleza para desear con toda la fuerza de nuestra luz, con la majestad de nuestros bosques y la impetuosidad de nuestros ríos, que América, mi madre, gigante sobre la historia conmueva el corazón del mundo con nuevos cánticos de amor, virtiendo de sus labios toda la ciencia del porvenir, toda una revelación de libertad».

En algunas páginas de estas obras primerizas no faltan páginas de excesivo carácter declamatorio y de una exuberancia tropical, pero ninguna hay que no detenga la atención del lector y le obligue a pensar. Este es el secreto poder y la secreta fuerza de todos los grandes escritores. Como ellos estaba Estrada habituado a pensar y por eso sus escritos están llenos de pensamiento, de ideas, de luces y de fulgores. «La meditación era el resorte—escribe el Dr. Gallo—que ponía en movimiento para crear y florecer todas las fuerzas de su inteligencia. Yo lo concibo en el silencio de su gabinete tras la lectura y la consulta, en la media sombra, cerrados los ojos para que ninguna visión material de las cosas exteriores perturbe su íntima elaboración mental, paseando solitario bajo la sombra de los árboles que poblaban la quinta paterna de la calle Suipacha, estimulada la labor del espíritu por el tranquilo ejemplo físico; yo lo concibo así, abstraído en la meditación, al preparar los materiales de la conferencia con que ha de deslumbrar al día siguiente al auditorio de sus jóvenes discípulos o en la coordinación de una disertación filosófica, o al hacer la síntesis, sociológica y política de un conjunto de hechos históricos, o armonizando las ideas y los sentimientos que, suscitados por la consideración de un tema patriótico o religioso de orden fundamental, han de constituir la médula robusta del discurso que conmueve y arrebató en alas del entusiasmo, por la gallardía vigorosa de la forma y por la intensidad de la doctrina y de la pasión».

En 1863 escribió Estrada un estudio sobre la revolución de Antequera en el Paraguay, y en 1865, estimulado por algunos amigos que habían tenido oportunidad de enterarse de ese escrito, lo retocó y editó con el título de «Ensayo histórico sobre la revolución de los comuneros del Paraguay...» Para el señor Estrada, aquella revolución no fué una insubordinación de carácter individual y local, sino un verdadero paso hacia la independencia y autonomía de la colonia hispana, juicio que en nuestros días ha aceptado el ilustre historia-



dor Navarro y Lamarca (2-426). Según el doctor Goyena el Ensayo «es la obra más importante del señor Estrada, si se exceptúa su curso de historia argentina. Los hechos están allí clara y circunstanciadamente narrados, desde que comienzan a desarrollarse hasta su terminación por la catástrofe que los cierra». Notemos sin embargo que son muchas las afirmaciones gratuitas que se encuentran en las brillantes páginas del citado «Ensayo». Con frecuencia el señor Estrada no historia los hechos, los crea; su labor no es la del investigador, sino la del poeta.

En «Ensayo» fué un prenuncio de la grande obra histórica que en los años sucesivos llevó a cabo, y con éxito verdaderamente sorprendente. Poco más de veinte años de edad tenía Estrada cuando concibió el plan de exponer en conferencias públicas un curso filosófico de historia patria; famoso e inolvidable curso al que asistieron las primeras intelectualidades argentinas de aquella época. Poco amante de la crónica, solo utiliza sus elementos, escribe el señor José J. Biedma, para desentrañar la profunda filosofía de los hechos y aplicarla en enseñanza luminosa en sus «Lecciones de historia»; no es el historiador que se ciñe a una escuela determinada y se ajusta a los grandes maestros, siguiendo servilmente sus huellas, pidiéndoles aliento e indicaciones para marchar, sin extraviarse por la intrincada senda. Narra, descubre, pinta, pero juzga con criterio propio y falla con absoluta independencia. Nada le detiene: aplaude y condena con la misma serenidad y entereza de siempre: lo mismo juzga a los que fusilaron a su bisabuelo en la tarde del 26 de Agosto de 1810, que a los que le salvaron el 1.º de Enero de 1809».

No es fácil exagerar el entusiasmo que provocaron esas celeberrimas conferencias del señor Estrada. No pocas veces, nos dice un testigo, terminaron en el clamoreo frenético de la concurrencia, deslumbrada, que alzaba en andas al joven profesor, lo paseaba triunfante por las calles y lo entregaba en el hogar a los brazos cariñosos de un padre encanecido». (Dr. Gallo, p. 45).

Estas conferencias de Estrada fueron publicadas en 1868 en las columnas de la «Revista Argentina», fundada por el mismo Estrada, y han sido reeditadas en los volúmenes de las «Obras completas» del mismo. Como profesor hemos leído en el aula escolar algunas de esas lecciones del gran maestro y hemos podido comprobar hasta qué punto vive y palpita en esas páginas el alma del gran historiador, cómo, aun después de medio siglo, tienen sus conferencias sobre los lectores de las mismas la misma magnética seducción, la misma fuer-

za titánica que subyugó a los atónitos oyentes de 1866. «Sin aparato erudito, escribe el señor Groussac, esta revista de la historia patria contiene más substancia medular, más enseñanza efectiva que muchas compilaciones ambiciosas e inventarios de lo pasado, destituídos a igual de arte y de crítica, en los cuales los detalles ocultan el conjunto y, como suele decirse, los árboles impiden ver la selva. El lector se siente aquí en presencia de un espíritu eminente que contempla desde la altura la sucesión de los acontecimientos, desdeñoso por tanto de un estudio minucioso y molecular, pero de incomparable eficacia para interpretar las evoluciones importantes de la sociedad e inducir sus leyes. El pensamiento robusto y simple, seguro de sí propio hasta el exceso, como acaece con todos los talentos sintéticos, descende su pendiente hasta nosotros con fuerza al parecer irresistible, a manera de un río encauzado que no se divide ni desborda, y cuando, por momentos, toma dirección que no queremos seguir, necesitamos un verdadero esfuerzo para hacer pie y reaccionar contra su corriente poderosa. El estilo vibrante y personal ha conservado el ímpetu oratorio, ciertas peroraciones sonoras, leídas en alta voz, recobran el acento y como el aleteo de la improvisación; y es imposible, para quien en horas tan lejanas las escuchó salir de los labios inspirados, no repetir el dicho que se atribuye a Esquines, leyendo la arenga de Demóstenes: ¡Qué sería si le hubieseis oído, si audissetis eum!» (4-163).

La reputación de Estrada como escritor y como orador quedó definitivamente consagrada por el sufragio unánime del elemento ilustrado que había escuchado sus sabias y brillantes «Lecciones». Los volúmenes de la «Revista Argentina» que las contenían eran leídos con avidez en todos los centros culturales del país. Durante seis años (1868-1872; 1880-1882) dirigió Estrada la mencionada «Revista», y es de lamentar que sus múltiples ocupaciones le impidieran el proseguir su publicación.

En 1869 fué nombrado jefe del Departamento General de Escuelas; cargo que desempeñó con celo y sin arredrarse ante dificultad alguna. Con medios inadecuados que sólo su actividad podía utilizar, comenzó por moralizar la escuela moralizando al maestro e higienizando los locales, creando en torno de cada establecimiento un ambiente de cultura, de respeto público y de simpatía social. Entonces, aunque no tanto como ahora, existían profesores extranjerizos, anti-argentinos e ignorantes aun de las nociones más fundamentales de instrucción cívica. Uno de ellos, al amparo de nuestra tolerancia y



estimulado por nuestra apatía tradicional, insultó nuestras glorias y ofendió al señor Estrada. Este llevó el asunto al Consejo de Educación, y donde esperó oír la voz de la justicia, oyó tan sólo las palabras de intriga y de cobarde traición. Entonces fué que Estrada presentó su renuncia en un documento altivo, sobre cuyos fundamentos insistió con motivo de las gestiones para su retiro, diciendo: «No encuentro otro medio para salvar mi honor y la paz de mi alma frente a mis austeras responsabilidades. Todo cuanto quepa en la esfera de mis fuerzas será hecho en favor de la educación de los niños y de la civilización de mi patria; pero nadie tiene derecho a mi honor, ni yo tengo dominio sobre mi conciencia».

Bellas y elocuentes expresiones que adquieren singular valor en labios de un joven que comprometía en una incidencia de disciplina administrativa una alta posición pública, y quién sabe, en qué medida, los destinos de su existencia... Así dió Estrada, en plena juventud, una severa y digna lección de carácter escribe el doctor Gallo después de narrar este edificante rasgo de varonil proceder.

Al período en que estuvo al frente de la Dirección General de escuelas pertenece su tratado de pedagogía intitulado «Memoria sobre la educación común en la provincia de Buenos Aires» (1870), que es a nuestro juicio la mejor obra pedagógica que hasta la fecha se ha escrito en lengua castellana, sin exceptuar el libro de Gorriti intitulado «Reflexiones».

En 1868 contrajo matrimonio el señor Estrada con la señorita Elena Esteves, y desde esa fecha comenzó a formar aquella familia modelo de dignidad y de cristianas virtudes que fué uno de los encantos de su vida, harto agitada bajo otros conceptos. En el mismo año de 1868 fué nombrado subsecretario del Ministerio de Relaciones Exteriores, y tres años más tarde fué electo diputado a la Legislatura de Buenos Aires (1873-1876). En los años precedentes (1870-1873) había colaborado en los trabajos de la Convención Provincial.

Pero ninguno de estos cargos oficiales le absorbía tanto su tiempo y contaba tanto con sus simpatías como el magisterio y el profesorado. En 1869 comenzó a dictar la Instrucción Cívica en el Colegio Nacional de Buenos Aires, después de haber dado en el mismo colegio clases de filosofía, y en 1875 fué nombrado para ocupar la cátedra de derecho constitucional. El doctor Tomás Cullen opina que se debió a la iniciativa de Estrada el que Sarmiento fundara en 1869 la cátedra de Instrucción Cívica y no solamente influyó decisivamen-



te en su creación sino también en la orientación histórico jurídica que se le asignó. José Manuel Estrada en sus famosas lecciones de Historia Argentina dadas el año 1866 y 1868 en la escuela normal de la calle Reconquista, que hoy lleva su nombre, demostró con elocuencia insuperable que es imposible conocer el derecho público argentino sin armonizarlo y concordarlo con la historia del país, que debe escudriñarse desde sus más remotos orígenes, siguiéndola con espíritu crítico e imparcial, en sus diversas evoluciones a través del tiempo...

Mucho más transcendentales fueron sus enseñanzas desde la cátedra de Derecho Constitucional. Dictada la Constitución de la República por la Convención de Santa Fe, faltaba quien la ilustrara, interpretándola y vivificándola. Se encomendó esta noble labor a Estrada, y nadie como él podía llevarla a cabo con mayores garantías de éxito. «Su curso de derecho constitucional, es más un curso de derecho político, profesado con un criterio, escribe el doctor Gallo, que comienza de nuevo a predominar en la enseñanza universitaria de la materia, en cuanto tiende a exponer y desarrollar en primer término los conceptos básicos de la organización del estado, sus fundamentos, la naturaleza y extensión de sus poderes, frente a los derechos y a la libertad de los individuos, y a explicar filosófica y científicamente la razón de ser y el desenvolvimiento de las instituciones políticas.

Dentro de ese criterio que acuerda más importancia a los conceptos en sus fundamentos y definición filosófica, que a las reglas escritas, Estrada desarrolla su enseñanza de derecho constitucional como antes lo hiciera en sus conferencias sobre el dogma socialista, con el mismo lujo de pensamiento y con igual esplendor en la palabra, para sobrevivir con ellas en el espíritu, en los dominios de la alta enseñanza universitaria, destinada a formar hombres para el gobierno, ciudadanos para la democracia y servidores de las instituciones en nombre de la patria, una, indivisible y libre».

Bien podía ser intérprete de tan alta ciencia quien escribía: «entiendo por civilización algo más que el enriquecimiento y prosperidad material de una nación; y no me halagan el gran florecimiento de las industrias, ni el engrandecimiento pasmoso del comercio, cuando el sentimiento moral está abatido, cuando la fe y el entusiasmo por las cosas nobles y generosas declina en las almas» (O. C. 12-633). Por eso abogó tenazmente por la difusión del saber y de la virtud entre las clases más desamparadas, por eso creyó que las multitudes anónimas, peligro y terror de los pueblos más educados, debían elevarse al terreno de la verdadera democracia, al nivel de la igualdad



y de la confraternidad. «Desenvolver las ciencias para que iluminen todas las mentes, fomentar la religión para que moralice todos los corazones y cultivar el arte para levantar todos los espíritus» era el gran ideal de Estrada y el objetivo de todos sus esfuerzos. Mucho hizo, pero mucho es lo que aún resta que hacer.

Al año de ocupar Estrada la cátedra de Derecho Constitucional fué nombrado rector del Colegio Nacional. Su nombramiento lleva la fecha de 16 de Julio de 1876. En posesión de su prestigiosa cátedra y del rectorado del Colegio Nacional, entrégase de lleno y con noble entusiasmo a la gloriosa y fecunda tarea de la enseñanza. «Poseyó, escribe el señor Arturo Seeber, el raro don de trasladarse a la esfera intelectual de cada uno de sus alumnos, porque, según él mismo lo decía, el profesor «no puede levantarlos a su altura, sino a condición de ponerse al alcance de su inteligencia. Sagaz en extremo, de una imaginación amplia y brillante supo comprender el alma de los jóvenes a quienes educaba con el cariño y la dedicación de un padre. Y padre fué de todos los que tuvieron la dicha de escuchar su voz vibrante y sonora, cuando de lo alto de su cátedra pronunciaba sus arengas llenas de unción patriótica». El doctor Rivarola que le conoció y oyó sus sabias lecciones, nos asegura que cuando ocupaba la cátedra «su rostro parecía iluminado por una suave luz de bondad y de amor, expresión de un cerebro que pensaba y de un corazón que sentía».

Frutos de su profesorado fueron los extensos «Informes» sobre educación publicados en 1876-1879, su excelente «Curso de derecho constitucional» y su tan popular libro sobre «La política liberal bajo la tiranía de Rosas», publicado en 1873. Las cuatrocientas páginas de este escrito abarcan quince conferencias que versan sobre las doctrinas y los ideales políticos expuestos en el «Dogma socialista de la Asociación de Mayo». Sin embargo «no contienen, como advierte el mismo Estrada, la crítica de un libro, sino el juicio de un Credo el análisis de las doctrinas políticas del elemento joven y liberal, que bajo la tiranía de Rosas, se preparaba para el gobierno de su país y que le ha regido, en efecto, desde 1852 hasta el presente».

El estilo literario de esta obra no tiene la vibración ni la juvenil pujanza del que aparece en las memorables «Lecciones de historia», pero el fondo filosófico es más diáfano y la argumentación más robusta y nervuda. La historia que era el terreno positivo sobre el que edificó siempre el señor Estrada sus maravillosos estudios sociológicos y filosóficos, ocupa en todos sus escritos el substratum insubsti-

tuible, pero la historia, según Estrada, no es sino el conjunto, el fenómeno social, el producto visible y duradero de la civilización...» Estrada, como ha escrito el Doctor Rivarola, perteneció al número de aquellos para quienes la pluma y la palabra son medios e instrumentos para desahogo del espíritu...

Así era en efecto, y fué esta necesidad de su espíritu ardiente y de su innata laboriosidad lo que le impulsó a fundar en Julio de 1882 el celeberrimo periódico *La Unión*. El primer número apareció el día 1 de Agosto de ese mismo año. Aunque su director era el Doctor Alejo Nevares y colaboraban Santiago Estrada, Miguel Navarro Viola, Pedro Goyena, Tristán Achával Rodríguez, Emilio Lamarca, y otros varios, fué no obstante el señor Estrada el alma de ese periódico y fué él quien escribía proféticamente en el artículo-programa del primer número: «este diario de propósitos pacíficos, como su título lo indica, será tal vez, un diario de combate».

El ciclón de pedantismo y de adocenado liberalismo que recorrió el país durante la primera presidencia del General Roca, y que tantos estragos hizo en todos los órdenes de cosas y de ideas, no pudo menos de excitar en los argentinos católicos la más tenaz oposición. Las descabelladas y lugonianas teorías del «Congreso Pedagógico» de 1882, el proyecto de enseñanza laica presentado en 1883, la destitución y enjuiciamiento del Doctor Jerónimo E. Clara, vicario capitular de Córdoba (1884) y el anunciado proyecto de matrimonio civil (1884) enardecieron los ánimos y encendieron el fuego sagrado en los corazones argentinos. En medio del general desquiciamiento del orden social existente, fué la *Unión* la única voz autorizada que clamaba por la verdad y la justicia, al mismo tiempo que su egregio redactor, el señor Estrada, formaba una generación de jóvenes batalladores en *La Asociación Católica de Buenos Aires*, entonces fundada.

«Había llegado la hora de vender la túnica y comprar la espada», y fué José Manuel Estrada el primero que obró en conformidad de esta idea, y fué el más grande, el más egregio de los intereses católicos en aquel período de vergonzosas claudicaciones y de miserables abyecciones. Nunca fué más grande el señor Estrada que en esa ocasión difícil. «Ascendió las difíciles laderas, campeón armado, desplegadas sus enseñas, con aquella tozuda voluntad conquistadora del soldado de las Galias, que asombraba a Julio César. Por eso fué luchador, luchador infatigable, a quien la cruz evangélica del pecho, no le impedía llevar, a la manera caballeresca, plomo y acero bajo el jubón de finísimo brocado». (Pessolano, 33).



«Había llegado la hora de vender la túnica y comprar la espada», y fué Estrada quien precedió con el ejemplo, que es la más elocuente de las lecciones, la más persuasiva de las razones. Como maestro y ¡qué maestro! era Estrada el orgullo y la gloria de la Universidad, y era rector del Colegio Nacional; como hombre público y ciudadano integérrimo defendía con frase cálida pero con su característica dignidad los intereses nacionales contra los déspotas de nuevo cuño, los Rosas de manto violáceo. Sus razones eran apodícticas, sus argumentos no tenían respuesta; pero los que no querían reconocer sus yerros podían apelar a los medios de que suelen valerse los apocados, los hombres viles, las almas nacidas para arrastrar por el barro de la ignominia. El 27 de Julio de 1883 expidióse un decreto que decía: «Consultando el mejor servicio público el presidente de la República decreta: Queda exonerado del puesto de rector del Colegio Nacional de la capital el señor José Manuel Estrada». ¡El mejor servicio público, tratándose de Estrada, y en relación a las funciones docentes, que fueron su culto y la pasión más fecunda de su existencia! Estrada pudo evitar su destitución atenuando los tonos de la propaganda periodística que realizaba contra el gobierno, en esferas y tareas totalmente extrañas a las de la enseñanza, a las cuales nunca llevó el eco de las pasiones; pero era hombre de convicciones y de integridad moral y prefirió la caída, al golpe de un acto de autoridad que no lo difamaba, a mantenerse con declinación del carácter y abjuración de sus ideas», como escribe muy acertadamente el doctor Gallo.

Al año justo fué destituido de su cátedra en la Universidad. «Buenos Aires, Junio 12 de 1884. El Presidente de la República, decreta: Queda separado del puesto de catedrático de derecho constitucional y administrativo en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de la capital, el señor don José Manuel Estrada.—Roca.—E. Wilde». Esta segunda exoneración, excitó la indignación universal. Al tirano de poncho colorado, había sucedido el de elegante levita; pero uno y otro participaban del mismo espíritu. Los estudiantes de la Facultad de Derecho organizaron ruidosas manifestaciones de adhesión al maestro respetable, depuesto por la inconsulta temeridad de un gobierno débil.

«Los alumnos que tanto amaban a su gran maestro llegaron en manifestación hasta el hogar del maestro, quien apareció de pie en el umbral, entre su familia, más pálido que de costumbre, la pupila iluminada por la honda emoción y la palabra velada por la íntima amargura de una despedida dolorosa... Descubriéronse las cabezas juveniles y



juntáronse las manos para el aplauso que trascendía materialmente el homenaje de los corazones agradecidos. Y habló Estrada para dar una nueva, serena y alta lección—la del ejemplo que gana a todas en elocuencia:—«Cerca de veinte años de mi vida, pasados en la cátedra—dijo—me han enseñado a amar a la juventud! Al despedirme de ella he querido recibirlos rodeado de mis hijos, a quienes seguís en mis predilecciones; y en esta casa, cuya modestia os prueba que en esos veinte años he pensado mucho en vosotros, y muy poco en mí mismo».

Así era, y acertadamente agregó: «Ha sido para mí la enseñanza un altísimo ministerio social, a cuyo desempeño he sacrificado el brillo de la vida y las solicitudes de la fortuna, el tiempo, el reposo, la salud, y en momentos amargos, mi paz y la alegría de mi familia». Ignoraba sin embargo el gran maestro que su integridad en obrar el bien y en combatir el despotismo, era la más grande y la más trascendental de cuantas lecciones había dado, y que al darla no sacrificó el brillo de su vida antes bien desde esa hora comenzó a brillar para jamás extinguirse en el firmamento de las glorias argentinas.

«Cuando dejando muy lejos entre los vagos recuerdos de esta fugitiva edad de ilusiones y esperanzas, nuestros truncados trabajos y nuestro cordial adiós, hayáis olvidado todo, hasta mi nombre, os quedará una conciencia limpia de los vicios que hoy pervierten las costumbres políticas de la República. Ni una palabra mía, ni un acto mío habrán arrojado en ella un germen de corrupción. Esa es mi corona, señores. No la cambiaré por ninguna. Ni cambiéis vosotros, la aureola de la virtud por ningún brillo ni seducción si queréis ser lo que en el lenguaje cristiano se llama hombres libres...

«Sea este mi último consejo y mi última lección. Os la doy con mi palabra, os la doy con mi presencia. Y contad conmigo en todos los terrenos y en todos los teatros de donde no hay fuerza humana capaz de arrojarme, porque tengo una voluntad de hombre libre y una bandera sacrosanta! De las astillas de las cátedras destrozadas por el despotismo haremos tribunas para enseñar la justicia y predicar la libertad».

Este fué el elocuente adiós del maestro. La juventud salvó su honor en aquella ocasión, pero las autoridades universitarias de entonces, parásitos y áulicos del sistema que gobernaba a la sazón, se cruzaron de brazos y entregaron la cátedra que había ocupado Estrada a un extranjero. Ignominiosa página de nuestra historia cultural! Estrada sin embargo ocupó la más prestigiosa de las cátedras, la del



buen ejemplo, del sacrificio heroico, del deber sagrado. La nación enterá aprendió de sus labios que sólo son grandes ante Dios y ante los hombres aquellos que tienen el entendimiento sometido a la verdad; la voluntad sometida a la moral; las pasiones sometidas al entendimiento y a la voluntad, y todo ilustrado, dirigido y elevado por la religión.

«No me cansaré de repetir—exclamaba en una ocasión—que la moral es el resorte maestro de las sociedades libres». Por lo cual «es necesario empapar las almas juveniles en la idea y el amor de Dios, fuente de toda verdad, de todo deber y de toda justicia». Empapado su espíritu en esa idea y en ese amor pudo Estrada exhibir ante el pueblo argentino y ante la historia lo que puede un hombre de carácter. «La fibra de nuestros padres se retemplaba en medio del infortunio», escribe él mismo. Si alguna vez decayeron, jamás se enervaron, y cuando sus creaciones se derrumbaban estrepitosamente, cogían la antorcha en medio de los escombros del templo, y la agitaban sobre la cabeza de la multitud, para guiarla entre el polvo y las tinieblas de las ruinas... (2-33).

Eso hizo Estrada. El fué quién agitó la antorcha de la verdad y la luz de la virtud sobre las multitudes con su palabra elocuentísima y su ejemplo sin rival, y Dios y la Patria, las conciencias todas y las patrias libertades le han hecho justicia y le han coronado con una aureola de gloria que nada tiene que envidiar la de nuestros próceres de Mayo.

En el mismo y aciago año de 1884, en el que fué Estrada depuesto de su cátedra de derecho, celebróse en Buenos Aires y en toda la República el memorable «Congreso de los Católicos Argentinos», preparado y vivificado por el mismo señor Estrada. Al efecto realizó una rápida jira por el interior de la República. Empezando por Santa Fe, y siguiendo por Córdoba, Santiago, Tucumán y Salta, recorrió las provincias argentinas, y en todas partes fué recibido triunfalmente, y en todas partes fué aclamado padre de la Patria y padre de las patrias libertades.

«Aquel viajero no venía rodeado de los prestigios y las exterioridades del mando y de la fuerza, no llegaba victorioso a presenciar soberbio su apoteosis; era por el contrario un perseguido como el Obispo de Salta Monseñor Risso Patrón, como el ilustre Vicario Clara; era un proscrito de la enseñanza universitaria..., que no tenía más poder que el de su voluntad inquebrantable, ni más arma que su palabra», pero que la Argentina toda amaba y respetaba y re-

conocía por su caudillo, porque luchaba por la gran causa de la patria libre y grande bajo la égida del principio cristiano, y a su voz los pueblos todos de la República se levantaban como un solo hombre y seguían su enseña en la cruzada libertadora que proclamaba.

El «Congreso Católico» fué todo un éxito. Estrada que pronunció en él algunos de sus más vibrantes y más profundos discursos retempló el espíritu nacional, y proclamó en alta voz, y con aquella elocuencia que le caracterizaba, que solo el reinado social de Jesucristo hace que los pueblos sean libres, sólo el espíritu de Cristo hace que sean grandes así los pueblos como los individuos. Con tan escasa lógica como abundante desconocimiento de la personalidad de José Manuel Estrada háse escrito que «el rasgo distintivo, característico de Estrada no es su apostolado católico, sino su apostolado docente. Lo primero hubiérale llevado al dogmatismo intransigente...» Estas frases corren en letras de molde para ignominia de la historia y de la lógica. La primera afirmación es históricamente falsa, pero la consecuencia que de ella deduce el escritor es tan gratuita, tan singularmente descabellada que no se necesita haber cursado en la Sorbona o en Heidelberg para ver su ninguna ilación lógica.

Estrada, escribe el doctor Gallo, fué un católico activo y militante; creía con el calor de una fe sincera, hondamente arraigada. Reverenciaba con unción los dogmas de su religión y practicaba los actos espirituales y materiales de su culto, sin vanas ostentaciones pero sin disimulos vergonzantes. «Sería extravagante y audaz, decía en un discurso a la juventud, explicar qué cosa sea el respeto humano, delante de sus vencedores. La voluntad humana tiene dos sendas: la senda de la conformidad con la voluntad de Dios; y la senda de la rebelión. El respeto humano es la ley de la voluntad rebelde».

«El no conoció esa ley. Vivió y murió pública y austeramente sometido a los preceptos de la religión y en conformidad con la voluntad de Dios.

«Eso no podía ser suficiente para quien como Estrada era un pensamiento y una energía... Creía, pero no le bastaba creer: no se resignaba á que su fe fuera una luz prendida en las intimidades de su espíritu sin irradiación exterior. Aspiraba a que se difundiera, alumbrando otras almas. No quería que fuese como flor delicada—halago reservado para el feliz propietario del invernáculo en que crece, entre cuidados y sobresaltos—sino árbol frondoso plantado en tierra fértil accesible a todos, de sombra propicia a las alegrías de los niños que van a la escuela, al reposo del jornalero que retorna de su



trabajo, a las ilusiones del amor que teje su ensueño de felicidad en las confidencias del hogar, a las meditaciones del pensador que cierra las páginas del libro mientras abre la visión del espíritu en la contemplación de la belleza, y a las necesidades materiales de la vida...

»Ese concepto lleva a Estrada, creyente, a la acción militante, vigorosa e intensa, en horas en que considera amenazadas las bases de la organización cristiana de la sociedad y el imperio de los dogmas de la religión católica, por iniciativas y reformas de legislación que alcanzan desde la escuela hasta el matrimonio. Habla y escribe sin descanso; concurre a las asambleas populares, da conferencias a las damas, arenga a la juventud, recorre en jira la República y marca la culminación de su tarea organizadora reuniendo en Buenos Aires la primera asamblea de los católicos argentinos. Ella le designa su presidente y lo consagra en tal carácter para el futuro de la Unión Cívica...

»El pudo desenvolverse en el agitado escenario en que le tocó actuar sin que le salpicara el barro, defendido del agravio por su sinceridad y su altura moral, y amparado contra la maledicencia por la austeridad de su conducta y de sus costumbres, dentro de su concepto de que los hombres no se parten en dos. La regla moral de las acciones es una, decía, así en la vida privada como en la pública. El que es infidente en el orden de las relaciones privadas, será infidente en todas las esferas de su actividad. El que degrada su hogar y envilece la sangre de sus hijos, degradará la honra del pueblo que le entregue su suerte. La vida privada no debe estar amurallada ni para los que gobiernan, ni para los que aspiran a gobernar.»

Era Estrada de la estirpe de los O'Connells, de los Winthorsts, de los Veuillots. Había nacido para ser lo que su conciencia le manifestaba debía ser, un católico íntegramente tal, sin ambages ni restricciones, sin vergonzosas claudicaciones o pueriles respetos humanos. Como hombre pudo errar, y erró; como hombre sostuvo en los primeros años de su vida pública doctrinas peligrosas y abrigó opiniones descarriadas en relación a cuestiones de índole filosófica y teológica, sobre temas concernientes al patronato nacional y a la unión de Iglesia y Estado, pero el estudio asiduo y su amor a la verdad, alumbraron su entendimiento y no sólo reconoció sus errores primerizos, sino que además los corrigió, los refutó y así en la prensa como en la tribuna los rebatió con su habitual elocuencia. Con razón ha escrito Orestes Brownson que el errar es común a todos los hombres; pero el corregir uno sus propios errores es don que sólo se concede a los que

por su carácter y por su talento traspasan los límites de la humana fragilidad.

En 1886, después de cuatro años aciagos pero gloriosos para su persona y su memoria, fué Estrada elegido para representar a la provincia de Buenos Aires en el Congreso Nacional. «Fué en la Cámara, escribe el doctor Gallo, la misma alta y severa figura, más respetada que nunca, por su austeridad cívica y de vida privada, en un ambiente que acusaba en general una profunda descomposición moral y política. Fué como un símbolo prestigioso y representativo, que encarnaba la altivez del carácter en una hora en que tantos otros manchaban la conciencia, víctimas todos del extravío o del deslumbramiento... Fué por todos respetado, y no hubo adversario—así se tratara del más desenvuelto—que se atreviera a marcar con él la menor desconsideración.»

En el recinto de las Cámaras nacionales proclamó en voz alta y con bíblico acento el «reinado social de Jesucristo» por más que fuera «hablando un lenguaje extraño en la tribuna argentina». La libertad de enseñanza, la santidad del matrimonio, el honor de la Iglesia, la dignidad de la ciudadanía, los derechos constitucionales, las tradiciones nacionales enardecían al gran tribuno argentino, arrancaban de sus labios discursos llenos de verdad, de virtud y de vida, y hacían que aun sus mayores adversarios aplaudieran su elocuencia y bajaran la cerviz ante el peso de las razones contundentes y de las consecuencias lógicas que forman todo el telaje de sus maravillosos discursos. Todavía viven entre nosotros quienes recuerdan a aquel gran orador, a aquel hombre extraordinario, a aquel tribuno de palabra fulgurante, de mirada serena y profunda, de alta y despejada frente, de noble y enérgico ademán, cuya austera figura de patricio tan exactamente armonizaba con su fisonomía moral.

Cuán subyugadora era la elocuencia de Estrada «cuando llenados con sinceridad, al pie del altar, los deberes religiosos conforme a sus creencias... invocaba a Dios como fuente de verdad y de justicia para colocar bajo los auspicios de su protección la causa de la Iglesia en lucha con el liberalismo, y proclamaba como resortes de la victoria» la fe, el sacrificio y la unión—la unión de espíritus para ver, la unión de ánimos para combatir, la unión de corazones para amar—a la sombra de Cristo, Rey y Mártir, coronado de espinas y clavado en una cruz».

En las Cámaras Nacionales lo mismo que en los círculos de estudios y en el recinto de las aulas escolares enseñó la misma lección,



la del vencimiento propio para el triunfo de la verdad y de la virtud. Sus discursos todos pueden compendiarse en aquellas frases que pronunció en cierta ocasión ante la juventud que se había congregado alrededor de su cátedra para celebrar una fiesta patriótica. «Los días se apresuran en tropel; mañana estaréis en plena mar, ante olas y huracanes formidables; mañana estaréis en la realidad de la existencia entre tentaciones y miserias, ejemplos corruptores y torpes idolatrías. Ni de mí ni de mis palabras, ni de esta noche en que os hablo rodeado de las sombras de nuestros abuelos, ni del anhelo y la ansiedad con que miráis el valle umbroso y agitado desde la cumbre de la juventud... de nada os quedará memoria... Mas estampad en el alma estos nombres, divisa y enseña de las supremas victorias: Dios y la Patria! y olvidadme después... Pero armaos con ellos, y pelead buena victoria—que es maldito el campo del perezoso, maldito el corazón del egoísta, que es milicia la vida del hombre sobre la tierra y como día de jornalero son sus días!»

Esa era la elocuencia, cristiana y patriótica, del orador maravilloso, en cuyo ritmo cabían, en frase del señor Ventura Pessolano, el vuelo solemne de las águilas y el nervioso temblar de las palomas. Tribuno de estirpe antigua, arrullador y ardoroso, de quien Sainte-Beuve hubiera dicho, como de un historiador de la Francia republicana, que pulía su elocuencia en el mármol de las tribunas populares.

Esto es singularmente exacto en cuanto a los discursos pronunciados por Estrada en el seno de la Unión Católica, cuando en 1886 se opuso y combatió la candidatura del Dr. Juárez Celman, y más aún en cuanto a la elocuentísima arenga que el 13 de abril de 1890 pronunció en el Frontón Buenos Aires, en vísperas de la revolución que en dicho año salvó al país de la vergüenza y del deshonor que amenazaban hundirla nuevamente en la barbarie de otros tiempos. Estrada no era un político profesional. Esa vida de sensaciones y de espejismos no cuadraban con su espíritu, formado en la meditación y habituado a la soledad de su gabinete. Creía sin embargo que todo ciudadano debe interesarse por la suerte de su patria, debe sacrificarse por ella cuando llega la hora de la tribulación; creía además que «la lucha es un signo de vida y una prenda de regeneración, que nunca queda sin premio para los que pelean estas batallas del derecho contra la fuerza, y de la virtud contra el crimen que inmola las naciones y confisca sus libertades».

Patrocinó y apoyó, con su prestigio y con su elocuencia, la gloriosa revolución de 1890, pero no tomó parte activa en ella. En esa

misma noche del 13 de abril, después de haber aparecido por última vez en la tribuna popular «con mi notoria divisa de ciudadano católico», son sus palabras, y después de fustigar a gobernantes y gobernados «cuyo Dios es el vientre, y que olvidan que pueblos e individuos viven, no sólo de pan, sino de verdad y de justicia», sufrió Estrada la agravación de males que venían trabajando su salud y sintió que sus fuerzas decaían, y aunque el espíritu estaba vivo y luchaba el trabajo, el cuerpo empero amenguaba en sus fuerzas y no obedecía ya a su ferrea voluntad.

Una temporada pasada en Rosario de la Frontera le fortificó no poco, pero estaba físicamente arruinado y era él el primero en reconocer que los años de vida que le quedaban eran pocos. Rehusó formar parte del gabinete con que en 1892 inauguró Sáenz Peña su presidencia, pero aceptó en cambio, en marzo de 1893, el cargo de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de la República Argentina ante el gobierno del Paraguay. La suavidad del clima de nuestra república vecina reanimó bastante al señor Estrada, durante el primer período de su residencia en la Asunción, pero desgraciadamente el mal que minaba su existencia era de aquellos que no se detienen. Un ataque de influenza empeoró su salud, y el día 17 de septiembre de 1894 terminó sus días en el ósculo del Señor, a los cincuenta y dos años de su edad, y dejando a sus hijos y a los argentinos todos una herencia más valiosa que los bienes efímeros de este mundo, la rica herencia de un hombre de carácter, de un ciudadano intachable y probo, sacrificado y heroico.

Treinta años han transcurrido ya desde que sus restos mortales descendieron a la tumba. Pero su memoria vive y vivirá; el cuadro de su vida austera y laboriosa no tiene igual en el templo de las glorias argentinas. Ningún argentino ha pasado a la inmortalidad legando a la posteridad más rico patrimonio de virtudes cívicas y de virtudes cristianas, porque nadie como él luchó tanto y tan heroicamente por la causa de la Patria y por la causa de Dios. En él la razón dió luz, la imaginación vivificó y la religión divinizó porque fué, ante todo y sobre todo, el hombre de carácter invencible, de aspiraciones cristianas, de patriotismo fecundo; fué el hombre grande que supo someter su entendimiento a la verdad; su voluntad a la moral, y sus pasiones al entendimiento y a la voluntad, y lo que es más aún, supo ilustrar, dirigir y elevar sus actos todos por la valiosa luz del cristianismo.

GUILLERMO FÚRLONG.